



¿QUIÉN PODRÍA ESTAR EN EL NUEVO CAMINO A LA SANTIDAD?

Publicado el 12 de julio de 2017

Por: *Austen Ivereigh en CV Comment

El Papa Francisco declaró ayer una tercera categoría de santidad reconocible por la Iglesia Católica que podría tener consecuencias de largo alcance para la manera en que la santidad se ve en la época contemporánea.

En su *motu proprio* o edicto papal fechado el 11 de julio, titulado *Maiorem Hac Dilectionem* - "Gran amor que esto" - Francisco define una nueva clase de santo: "Aquellos cristianos... que han ofrecido su vida voluntaria y libremente para otros y han perseverado en esto hasta la muerte". El título del edicto - hasta ahora sólo disponible en latín e [italiano](#) - proviene de las palabras de Jesús en Juan 15:13, que no hay mayor amor que dar su vida por sus amigos.

El Papa escribe: "Es cierto que esta heroica ofrenda de vida, sugerida y sostenida por la caridad, expresa una imitación verdadera, plena y ejemplar de Cristo y, por tanto, es digna de esa admiración que la comunidad de los fieles suele reservar para aquellos que voluntariamente han aceptado el martirio de la sangre o han ejercido las virtudes cristianas en un grado heroico".

Es el primer cambio importante en los procedimientos de la santidad en siglos. Hasta ayer había dos categorías de santidad, y una tercera manera de declarar la santidad sin la necesidad de ninguna categoría.

Las dos categorías habituales, en las que prácticamente todos los santos reconocidos por la Iglesia caen, son el martirio (en el que una persona es asesinada por *odium fidei* u odio a la fe) y virtud, es decir, una persona cuya vida muestra las virtudes de la vida cristiana a un grado heroico. Ambos requieren pruebas documentales y pruebas de milagros.

El tercero no es una categoría de santidad, sino un proceso conocido como canonización "equiparable" o "equivalente", en el que el papa puede pasar por alto los procesos y procedimientos habituales y simplemente declarar a una persona como un santo, estando absolutamente seguro que él o ella lo es. El Papa Benedicto XVI declaró a Hildegard de Bingen un santo, al igual que el Papa Francisco con Peter Faber, sin la necesidad de un proceso porque el Pueblo de Dios los reconoce como tales ([Revisa en CV Comment](#)).

Lo que Francisco ha hecho ahora es introducir una tercera categoría de santidad: ni un mártir ni alguien que exhibe una virtud heroica, sino que ofrecer voluntariamente su vida para salvar a otros.



Hay tres criterios esenciales:

1. Debe haber "la ofrenda voluntaria y gratuita de la vida y la heroica aceptación de la caridad de cierta muerte en un corto plazo", así como "un vínculo entre la ofrenda de la vida y la muerte prematura".
2. Debe haber "la práctica de las virtudes cristianas, al menos en un grado ordinario, antes de la ofrenda de la vida, y luego hasta la muerte".
3. Debe haber fama y signos de santidad después de la muerte, y por lo tanto la necesidad de un milagro como resultado de su intercesión.

El edicto es el resultado de un largo debate dentro de la Congregación de Causas para los Santos, que llevó a cabo un estudio a fondo de la nueva propuesta a principios de 2014. Después de una amplia consulta, el cardenal y obispo miembros de la Congregación para las Causas de los Santos aprobaron la nueva medida en 2016.

El arzobispo Marcello Bartolucci, secretario de la congregación, dijo en su artículo en *L'Osservatore Romano* que la suma está destinada a "promover el heroico testimonio cristiano (que ha sido) hasta ahora sin un proceso específico, precisamente porque no encajaba completamente en el caso de martirio o virtudes heroicas".

¿Qué tipo de testimonio podría cubrir el edicto? El arzobispo Bartolucci da el ejemplo de cristianos que voluntariamente ponen en riesgo sus vidas, por ejemplo, sirviendo a personas con enfermedades altamente infecciosas y luego muriendo de esa enfermedad.

Otro ejemplo podría ser Chiara Petrillo, una italiana de 28 años que rechazó el tratamiento de carcinoma, un tipo de cáncer de piel, mientras estaba embarazada porque habría arriesgado la vida de su feto. Ella murió en 2012, casi un año después de dar a luz, cuando el cáncer se había convertido en terminal y el tratamiento era ineficaz. O también el P. Mychal Judge, fraile franciscano y capellán del Departamento de Bomberos de Nueva York que se precipitó a la escena de las torres gemelas tras los atentados del 11-S y fue la primera muerte registrada ese día.

En Crux, John Allen da el ejemplo de dos misioneros católicos muertos en Burundi en 2011, la hermana croata Lukrecija Mamić y el laico italiano Francesco Bazzani. Ellos no fueron asesinados por *odium fidei* - de hecho, los asesinos eran probablemente también católicos - sino porque estaban en el camino durante el robo de un convento. Pero a pesar de los peligros, la anarquía y los riesgos fenomenales involucrados en la elección de vivir en ese rincón de Burundi, dice Allen, "decidieron quedarse allí, entre algunas de las personas más olvidadas y explotadas del mundo, porque su fe les obligó a hacerlo. Para



usar el lenguaje popularizado por el Papa Francisco, arriesgaron sus vidas y, en última instancia, las entregaron para servir a las víctimas de una "cultura de desecho" en las periferias del mundo".

Allen señala que el nuevo edicto también atraviesa una dificultad de larga data con muchos de los casos de martirio, que implican el examen de motivaciones a menudo mixtas o dudosas por parte del asesino.

Así, la causa de Oscar Romero, arzobispo de San Salvador, asesinado en el altar en 1980, después de haberse manifestado en contra de la represión de los pobres por parte del ejército, fue detenido durante mucho tiempo por quienes argumentaron que su muerte fue el resultado de un desacuerdo político. En lugar de "odio a la fe" (de nuevo, los asesinos de Romero eran católicos, al menos culturalmente).

Otro ejemplo dado por Allen: cuando San Juan Pablo II canonizó a San Maximiliano Kolbe, el sacerdote franciscano polaco que se ofreció para tomar el lugar de un extraño en el campo de la muerte de Auschwitz en 1941, algunos teólogos y canonistas lo objetaron puesto que no fue condenado a la muerte por sus convicciones religiosas. Cuando Juan Pablo II lo canonizó en 1982, calificó al sacerdote polaco de "mártir de la caridad", que es un buen nombre para la nueva categoría de santo que ha declarado Francisco.

En pocas palabras, dice Allen, Francisco "pudo haber desatado un nudo teológico que durante mucho tiempo trabajó esfuerzos para venerar el recuerdo de las víctimas contemporáneas de la persecución anticristiana".

Al recordar al mundo que el amor por los demás es la característica principal de cualquier santo, Francisco ha puesto también el don del sacrificio en el corazón del testimonio cristiano. Los hombres y mujeres que eleva a los altares universales junto a los mártires y los heroicamente virtuosos son un signo de contradicción con la ética de la autonomía y las primeras obsesiones de nuestra cultura.

**Austen Ivereigh, periodista y vaticanista, es cofundador de la red internacional Catholic Voices. Es autor de varios libros, entre los que destacan "El Gran Reformador. Francisco, retrato de un Papa radical", la biografía más completa de Jorge Bergoglio escrita hasta ahora; y "Cómo defender la fe sin levantar la voz", la propuesta de comunicación de Voces Católicas que ha ayudado a cientos de católicos de todo el mundo, a hablar de una manera atractiva, encontrando puntos en común con el otro, para entablar un verdadero diálogo.*